

LA INTEGRIDAD NACIONAL.



PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.

2.^a Serie.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28
y último de cada mes.

Madrid: 20 de Mayo de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Calle de La Farmacia, número 13,
cuarto principal.

Núm. 22.

LA CRUZADA CONTRA CUBA ESPAÑOLA.

Ni con el lenguaje de ramplonas burlas, ni con el de injustas invectivas, pueden tratarse los graves asuntos de nuestras provincias ultramarinas. Altos, muy altos intereses se juegan allí, para que puedan ser motivo de imprudentes bromas ó de los destemplados artículos, escasos de razones y de verdad y plagados de injurias y sarcasmos contra los que militan en opuesto bando, que á cada paso publican ciertos periódicos sobre cuestiones de tan incontestable importancia para España.

Cumple al verdadero patriotismo y es el deber de todo escritor honrado cuando se inspira en sentimientos de pundonor y rectitud, alejarse de lo que pueda crear en los demás una idea equivocada de aquello que es objeto de sus trabajos. No de otro modo es posible contribuir al bien. Adulterar la historia de los hechos, inventar acontecimientos, calumniar á estas ó á las otras personas, y suponer, con dañada ó torpe intencion para explicar los sucesos, causas que no han existido, es el sistema de llevar, cuando ménos, la duda al ánimo de los mismos á quienes se dice que se quiere ilustrar sobre determinados asuntos.

Cada vez que vemos á alguno seguir la senda de las inexactitudes, recordamos las palabras del ilustrado juez Haliburton: *honesty is the best policy*. Si: la honradez es la mejor política: ¿Tan necesario es el engaño para la defensa de las doctrinas? Los que adoptan el sistema de las suposiciones y de los dictérios para mantener una causa, claramente manifiestan que esa causa no es justa y que luchan contra sus propias convicciones de hacerla triunfar.

Pero si repugnantes parecen esas armas, del mismo modo es desagradable para los hombres de recto juicio contemplar el tenaz empeño de los escritores, que á competencia se afanan por aglomerar inculpaciones contra nuestra administración en América y contra nuestros padres y nuestros hermanos, como si tuvieran la misión especial de rebajar á la una y á los otros, ofreciendo motivos de excusa y apoyo á la traición de nuestros enemigos. Creemos que debiera ser privativa de los extranjeros, siempre ávidos de ocasiones y pretextos para lastimarnos, la mezquina tarea de inventar culpas en nosotros, y que es obligación nuestra ocultarlas ó disimularlas si existen, aunque sólo fuera por ese sentimiento de orgullo nacional que conservan los pueblos mientras no caen en la degradación más absoluta.

Por desgracia, de esa conducta inculcable dan algunos á cada paso lastimosas pruebas, no sólo en las cuestiones referentes á Cuba, sino en la generalidad de las que pasan al dominio público. Y no sucede así, por cierto, en otros países. El inglés, el francés, el alemán, hoy como antes, con razón ó sin ella, niegan con laudable pertinacia las faltas de su raza y los extravíos de sus gobiernos, teniendo siempre una palabra que decir en su defensa, aun cuando esté manifiesto el fundamento de las acusaciones que se les hacen; los escritores á que aludimos, no; pregoneros de nuestros errores, gozan en aumentar su gravedad cuando son ciertos, en suponerlos cuando no existen, y en acriminarnos en términos increíbles, llevando la fama de nuestro descrédito á todas partes, como si quisieran privar á los extraños de la satisfacción de deshonrarnos.

¡Admirable egoísmo ó incomprendible virtud! Si les anima el primero, nadie les envidiará tan ridícula ambición; si poseen la segunda, tienen una virtud que ninguno querrá imitar.—

De todos modos, aplicándoles las palabras de un eminente escritor de esta época, «son obreros políticos que trabajan como ciertos obreros en tapicería, sin ver lo que hacen, y que se llenarían de asombro si pudieran contemplar el revés de la obra.» Afanosos se dedican á labrar nuestra vergüenza y nuestra ruina para hoy, nuestra ruina y nuestra vergüenza para mañana, sin comprender que al propio tiempo se cubren ellos de desprecio y de baldon.

Si de estas verdades nos fuera preciso presentar ejemplos, sería bastante reproducir la serie de artículos que varios periódicos aquí vienen publicando sobre las cuestiones de nuestras provincias de Ultramar; en los que sus autores, como si cediesen á una actividad febril, ó á un ardiente encono, se esfuerzan á porfía por desvirtuar nuestros derechos á la posesión de aquellas tierras, y por anular el prestigio de nuestra justicia con la exageración de errores comunes en todos los pueblos y con la invención de causas que excusen la más inicua, la más inmotivada, la más bastarda de las insurrecciones.

Hánse adoptado distintos sistemas para ello, que conducen al mismo fin, como las líneas que parten del círculo y se juntan en el centro. Unos haciendo un alarde especioso de eruditismo, otros fingiendo un acendrado patriotismo, estos deshaciéndose en dictérios, aquellos pretendiendo desempeñar el papel de críticos-humorísticos, rebuscan los recuerdos de pasados abusos, escogen hechos aislados callando los motivos que les darian favorable explicación; adulteran la historia de lejanos días y la de los tiempos presentes; y en medio de una vana palabrería y entre las alharacas de un *españolismo* que se manifiesta deprimiendo el carácter nacional y hacinando acres y torpes censuras contra los hombres leales que residen en Cuba, preconizan directa ó indirectamente el espíritu de repugnante desafección que los enemigos de nuestro nombre han difundido en el Nuevo Mundo y anatematizan cuanto allí ha hecho nuestro pueblo, como contrario á lo que prescriben las leyes de la humanidad y de la civilización.

Esos escritos puede decirse que se sintetizan en pocas palabras: deseo de destruir la dominación española en Cuba; simpatías por la deslealtad del partido separatista que ha enarbolado la bandera de la rebelión en las Antillas.

Pero no es nuestra única misión aquí hacer consideraciones generales sobre el espíritu y tendencias que se revelan en esos escritos: obligación, que llenamos con orgullo, tenemos de contradecir cada palabra, cada idea, cada invención, cada inexactitud de las que han venido presentándose para desorientar la opinión y crear una atmósfera perjudicial á nuestra causa no sólo entre el pueblo sino en el ánimo de los funcionarios en que reside la facultad y el poder de labrar la fortuna ó la desgracia de aquellos países; y nos proponemos cumplir ese deber sin acrimonia pero con la franqueza á que nos fuerza el convencimiento de que es preciso hacer frente á la cruzada que se levanta contra nuestros derechos.

Acaso nos veamos en la necesidad de citar nombres al desempeñar esa tarea; acaso lastimemos á algunos por las exigencias de la defensa; no es nuestra la culpa, sino de los que imprudentes ó temerarios nos colocan en la violenta situación de tener que desentrañar antecedentes y particulares que habíamos hasta hoy economizado, en la creencia de que la audacia de los detractores de los españoles que defienden á Cuba, no llegaría al extremo de

hacer indispensable que hablásemos con toda la franqueza y con toda la energía que puede emplearse en servicio de una causa á la que otros no guardan los miramientos y el respeto que merece.

Y perdonable tiene que ser en nosotros esa conducta, comparada con la que nuestros adversarios observan, que no pueden tener ellos el privilegio de apilar imputaciones contra los nuestros, y no debe censurárenos que á toda costa y sin consideraciones algunas hagamos triunfar la justicia y la verdad.

Penosa será la empresa, porque habremos de extendernos bastante en nuestros escritos; pero es preciso tener en cuenta que es muy fácil hacer un cargo y adelantar una inexactitud en bien pocas palabras, y que la refutación demanda pormenores y explicaciones que no pueden omitirse, á menos de permitir que con una respuesta débil y poco convincente se deje subsistente el engaño.

Además, tenemos que contestar, no á un sólo periódico, sino á varios, que recientemente han multiplicado sus ataques contra nuestra nacionalidad en Cuba, y por eso aún á riesgo de parecer cansados, indispensable nos es detenernos y alargar nuestra tarea, sacrificando la concisión á la imperiosa necesidad de desvanecer cuidadosa y completamente el cúmulo de invenciones ó de errores que han publicado en perjuicio de nuestra patria, los que siempre tienen en los lábios censuras para nosotros, excusas para los rebeldes que insultan nuestro nombre y que aspiran á la humillación de nuestro pueblo.

¿HASTA CUANDO?

Hemos podido creer durante algunos días que la interinidad tocaba á su término. ¡Vana ilusión! El señor presidente del Consejo de Ministros, al asegurar que este período calamitoso no había de prolongarse más allá de mes y medio ó dos meses, se ha equivocado una vez más, y la historia de las equivocaciones en que, llevado por su buen deseo incurrió, va siendo ya demasiado larga para desdicha de los españoles. Nos convencemos de que el general Prim no tiene el don de la profecía, sobre todo cuando se trata de resolver el problema revolucionario: afirmó que la unión ibérica se haría, y la unión ibérica no se hizo; dijo que el duque de Génova vendría, y este príncipe de la casa de Saboya no quiso asentar á sus aseveraciones; ha prometido que en brevisimo plazo terminará la interinidad, y parece acordado por el Gobierno que no se de cima por ahora al edificio de la Revolución. Por otra parte, hay quien cree que el señor conde de Reus, cuya invencible energía es forzoso reconocer, no se dedica á resolver esta cuestión que tan vitalmente interesa al país con aquella fe y aquella constancia que le guiaban en sus empresas; y de esta inercia poco característica en él, es sin duda efecto ese profundo malestar y ese desaliento cruel que en las clases laboriosas y contribuyentes se viene notando desde que se ha perdido la esperanza de pasar de lo provisional á lo definitivo, de lo incierto á lo real.

No es nuestro ánimo ni nuestra misión indicar nombres ni manifestar simpatías hacia partido ni persona alguna determinada, sobre todo cuando al indicar soluciones al problema de la interinidad, las indicamos de hecho para el problema dinástico, que es su consecuencia natural. Venimos al estadio de la prensa, libres de todo otro compromiso, á defender una causa nacional, y deber nuestro es muy sagrado vivir alejados de esa atmósfera de las parcialidades políticas, con la que tanto sufren los intereses de la colecti-

dad, cuando aparecen ligados al carro de una fracción.

Tenemos que insistir, sin embargo, é insistiremos constantemente en suplicar á los gobernantes, que nos saquen de esta incertidumbre que nos agobia, y que, al consumir todas las fuerzas vitales de la nación, sostiene en sus proyectos á los enemigos del orden en la Península é infunde aliento á los que más allá de los mares luchan ó conspiran contra la integridad de nuestro territorio.

¿Hasta cuándo durará la interinidad?

Esta es la pregunta que, con acento de desconfianza, repiten á cada momento el comerciante que vé paralizados sus negocios, el agricultor que no puede dar salida á sus frutos, el propietario que se considera arruinado por los impuestos, el industrial que tiene que abandonar su industria, el jornalero para quien se cierran las fábricas y los talleres.... ¿Hasta cuándo durará la interinidad! Esto es lo que pregunta el país que produce, esto es también lo que pregunta el país que paga, y esto en fin lo que desean saber cuantos creen hallar en el orden público inalterable, el elemento más poderoso de la libertad y la base más firme de la civilización y del progreso.

Todas las parcialidades que componen la opinión nacional están desorganizadas, divididas y subdivididas; pero todas sin excepción sienten la necesidad de poner término á esta incertidumbre preñada de temores, para crear algo duradero, algo estable, algo sólido, que no sea la *anarquía mansa*, como se ha dado en llamar al actual estado de España, según la frase feliz del señor ministro de la Gobernación.

De la *anarquía mansa*, á la *anarquía brava*, no hay más que un paso, y ¡ay! que ese paso lo dan por desdicha bien fácilmente los pueblos cuyos gobernantes ejercen tan solo un poder provisional.

Fecunda es en peligros esta situación, y el Gobierno, no obstante, no sacude su inercia para sacarnos de ella.

En vano se ha pensado por algunos ministros y por un grupo respetable de la mayoría de las Cortes, en colocar el cetro de San Fernando en manos del duque de la Victoria.

La candidatura del venerable patricio era la interinidad presidida por un fantasma de rey, y así lo ha comprendido él mismo, cuando ha rechazado la corona de oro con que se quería cubrir su corona de laurel.

Sin brújula camina el gobierno; aletargadas parecen las Cortes; extinguida está casi la vida política de España, como sus intereses materiales lo están, y todo esto es fruto de la interinidad. ¿Hasta cuándo ha de prolongarse tan misera situación? Sáquenlos pronto de ella el Gabinete que preside el conde de Reus; sáquenlos los representantes del pueblo, que son árbitros de sus destinos. Fácil, muy fácil es conseguirlo si aquel tiene empeño en satisfacer una aspiración y más que una aspiración, una verdadera necesidad por todos y en todas partes sentida.

Pero la responsabilidad del Gobierno y de las Cortes será inmensa si, dando oídos á las sugerencias de algunos hombres, merodeadores políticos que viven á la sombra de todas las banderas y que en las alturas del poder suelen quemar incienso en aras de todo el que domina, no tratan de normalizar los poderes eligiendo definitivamente al jefe del Estado é inspirando con este acto una confianza que hoy no existe, y que es, sin duda alguna, el primer fundamento de la prosperidad material. El número de esos hombres sin fe, cuyo Dios es su vientre, según la expresión clásica, es por fortuna escasísimo, y la nación, representada por los hombres sensatos de todas las fracciones, exhorta al general Prim y á sus compañeros á que

pasen del periodo constituyente al periodo constituido, y les pregunta una y otra vez con el acento más lastimero: ¿Hasta cuándo durará la interinidad?

EL DERECHO DIFERENCIAL DE BANDERA
EN ULTRAMAR.

Desde que estalló la revolución de Setiembre de 1868, los sucesos de que fueron teatro las Antillas españolas, y la gestión política y económica de la Metrópoli en sus asuntos más vitales, han sido de tal gravedad y trascendencia, que no sólo amenazaron las bases fundamentales de nuestro poder en América, sino que han estado comprometiendo y exponiendo á inmensos perjuicios los intereses de nuestro comercio, nuestra industria y nuestra agricultura.

Y al decir nuestros intereses, no aludimos separadamente á los de Cuba y Puerto Rico, ó á los de la Península, sino á todos los de España y sus dominios en general, por ser de tal modo solidarios, que el mal que afecte á unos, también ha de dañar á los demás. Ciudadanos españoles son los que pueblan nuestras provincias de Europa, como los que fomentan con su trabajo las de Ultramar, é igualmente caros tienen que sernos los de estas y los de aquellas, interesándonos lo mismo la defensa de todos los derechos que podían peligrar.

El que haya seguido paso á paso las distintas fases de nuestra política ultramarina en este corto periodo, no ignorará, que si en los campos de Cuba ha recibido rudos embates nuestra nacionalidad, las fuentes de su prosperidad y riqueza han estado igualmente amenazadas, no por un enemigo tan terrible como el insurgentismo, sino por errores lamentables de un funcionario que, sin conocer las circunstancias peculiares de países tan distintos á España, se obstinaba en querer regirlos por idénticos principios económicos y políticos, y llegaba en su intransigencia hasta desentenderse en lo absoluto de las observaciones leales y patrióticas de personas competentes, á quienes no guiaba otro móvil que el bien de la patria, en primer lugar, y después el bienestar y el fomento de nuestras Antillas.

Si su caída fué aquí tan poco sentida, por considerarla como resultado de un acto asaz impremeditado, en Cuba y Puerto-Rico causó satisfacción general, que si no se significó en manifestaciones públicas, fué debido sólo á la sensatez de sus leales habitantes, que no quisieron ni en este momento debilitar el principio de autoridad: por más que conocieron que había estado siendo una amenaza para su porvenir.

En todos los ramos de la administración de Ultramar en que quiso poner mano, fué desdichado: su intervención fué errónea en todo, y sus resultados habrían sido funestos sin su pronta desaparición de las regiones del Gobierno. —Todas las innovaciones ó trastornos que inició, si bien obtenían el aplauso inconsciente de una fracción política tan ignorante como él de las cosas de América, iban en cambio á arrancar quejas legítimas, y á infundir dudas y sobresaltos en nuestros hermanos de América; y tan fundados debían ser estos temores, cuanto que las ideas y proyectos de ese ministro despertaban una maligna satisfacción en nuestros enemigos, pues sin quererlo y sin pensarlo les hubieran facilitado medios de dañarnos más á mansalva.

No vamos á extendernos sobre todos y cada uno de sus actos, pues no es nuestro objeto hacer el juicio crítico de su período de mando: queremos ceñirnos hoy á aquel de sus proyectos que condenaba el comercio marítimo de las Antillas á ser tributario en totalidad del extranjero, al mismo tiempo que como consecuencia fatalmente inevitable, habría matado para siempre nuestra marina mercante.

Este era el triste resultado que no habrían tardado en sufrir los navieros españoles y todos nuestros puertos del litoral, si la supresión del derecho diferencial de bandera se hubiera llevado á cabo con la brevedad é impaciencia que se solicitaba de las Cortes: nunca proyecto de ley más lacónico se presentó en un cuerpo deliberante. No parecía sino que se querían ocultar ó se desconocían la ruina y los perjuicios que iba á originar una medida tan radical; de tal modo se pasaba como sobre ascuas por encima de los datos desconsoladores que arrojaban

nuestras relaciones mercantiles, y se hacía caso omiso de la baratura de los fletes de las marinas inglesa, francesa y americana, que acaso muchos no cayeron en la cuenta de que la consecuencia inmediata de la adopción de la ley, habría sido el acaparamiento de todos los fletes para nuestros dominios ultramarinos por las marinas extranjeras, y la exclusión absoluta de nuestros buques mercantes, que hubieran concluido por podrirse en sus fondaderos. Y tan seguro habría sido este triste fin, cuanto que las naves de muchas toneladas que se dedican á navegaciones de altura, ni siquiera podrían haber cambiado de destino dedicándose al cabotaje, porque sus mayores gastos no podían ser compensados por los precios más reducidos de los fletes entre puertos nacionales.

Es preciso haber leído las últimas balanzas mercantiles para convencerse hasta la evidencia de las cifras desconsoladoras porque está representada nuestra bandera en el comercio general marítimo de España. Tanto en las importaciones como en las exportaciones, aparecen siempre las marinas extranjeras en progresión creciente sobre la nuestra, y aunque de año á año aumenta su tonelaje general, el de nuestros buques permanece estacionario, ó arroja un cambio apenas sensible.

Si esto sucede cuando nuestros constructores navales, nuestros armadores y nuestros hombres de mar son protegidos por la legislación actual, y ni aun así pueden luchar ventajosamente con la marina mercante extranjera, ¿qué destino les esperará el día que sin trabas ni derechos protectores tuvieren que sufrir la competencia de buques cuya construcción es más barata, y cuyos gastos de navegación son mucho más módicos que los nuestros? Lo que hemos dicho antes: la ruina, la desaparición de nuestra escasa marina mercante, y la absorción completa de los fletamentos españoles por armadores de otras naciones.

El Sr. Moret, cuyos primeros actos nos inducen á creer que está dispuesto á reparar algunos de los males causados por su antecesor, debe pensar seriamente en las consecuencias desastrosas que atraería sobre una industria que aún puede ser floreciente, el hacer reformas inconsideradas, que si son muy bellas en el terreno abstracto de la ciencia económica, no son igualmente aplicables á todos los países. Y tan es así, que los economistas extranjeros que más las preconizan hoy, son los de las naciones que, lejos de necesitar protección, poseen tal exhuberancia de trasportes marítimos, que sienten una verdadera necesidad de inundar con ellos los puertos de otros pueblos menos favorecidos.

Si esas naciones desplazan tal solicitud, y aprovechan todas las oportunidades para pretender ó imponer reciprocidad de franquicias marítimas, lo que en el fondo buscan no es favorecer al pueblo que carece de las naves que á ellas les sobran, sino ir á luchar con ventaja segura y obtener en puertos extraños la ganancia que en los propios no les es posible conseguir; seguros sus gobernantes que nadie ha de ir á hacerles competencia, por no poder competir con ellos en baratura, pueden á mansalva alucinar á otros gobiernos, brindándoles los que no han de aprovechar.

Si este es hoy el secreto de la prosperidad de la marina inglesa, y de su irrupción en puertos que se le han abierto bajo una promesa de reciprocidad que sólo ellos explotan, y que la otra parte contratante no tiene medio de utilizar con ventaja, es bueno recordar que esto no ha sucedido sino cuando, no cabiendo ya en sus propios puertos la inmensa marina fomentada por su famosa *acta de navegación*, y siéndoles forzoso buscarles *fuera* ocupación y ganancias, *aparentaron* liberalizar su legislación marítima.

Las Antillas, el Río de la Plata, Filipinas: he ahí los únicos países que dan ocupación á nuestros buques de travesía donde puedan encontrar alguna remuneración los capitales en ellos invertidos, y hacer su aprendizaje los matriculados que luego van á servir en nuestra marina de guerra.

Si el derecho diferencial de bandera desaparece, los buques ingleses y norte-americanos no tardarían en presentarse en nuestras provincias ultramarinas, ofreciendo sus fletes más baratos que los nuestros. —Si los navieros espa-

ñoles bajaran sus precios á su nivel para sostener la competencia, no compensarían siquiera sus gastos, y como sucede á toda industria ó capital que no halla la debida remuneración, abandonarían pronto el campo, so pena de someterse á una ruina cierta.

Esa otra multitud de buques españoles, que sin partir de las costas de la Península ciñen su tráfico á las Antillas con los puertos extranjeros, serían los primeros sacrificados si se intentara convertir en precepto práctico ese idealismo de escuela que ninguna necesidad apremiante aconseja realizar.

Es condenar conscientemente nuestra marina á su desaparición total ponerla bajo un pie igual á la extranjera, cuando ni en las primeras materias, ni en la mano de obra, ni en los salarios la igualamos en baratura: además aún tenemos trabas y restricciones reglamentarias, que traduciéndose en mayores gastos, hacen resaltar nuestra desventaja é inferioridad.

Cuando se insiste en llevar adelante ciertas innovaciones, que entrañando perjuicios palmarios no aprovechan en definitiva ni al Estado, ni á la riqueza pública, ni á ninguna clase; cuando quieren fundarse en un rigorismo lógico de escuela que no puede ser sancionado por la ciencia puramente especulativa, que para ello exige circunstancias dadas; cuando en industrias é instituciones, si no más, al ménos tan dignas de consideración como la marítima, se han doblegado los poderes y los partidos más exclusivos á admitir transacciones justas ó á ceder, la prudencia política aconseja hoy no herir de muerte á multitud de capitales que prosperan, y de ciudadanos que deben el sustento á ese derecho diferencial, tan anatematizado en abstracto, pero cuya supresión tan solo iría á favorecer á los extranjeros, y á llevarlos las ganancias de que insensatamente privarían á nuestros conciudadanos.

Esperamos que el Sr. Moret, en su alta ilustración, y haciéndose superior á compromisos de escuela que están en antagonismo con los intereses de la patria, vuelva el consuelo á millares de familias alarmadas, retirando definitivamente ese funesto proyecto de ley; y en esa esperanza nos mantiene la oportunidad con que ha calmado los clamores de las clases pasivas de Ultramar, tan inconsideradamente tratadas por su antecesor.

De no obrar así, esa reforma con que se alucina al país vendría á convertirse en calamidad pública, y las primeras víctimas por ella sacrificadas, serían los navieros españoles y esa multitud de *jornaleros del mar* que dan vida y animación á nuestros puertos.

El general conde de Valmaseda, objeto de la censura de ciertos periódicos, debe estar agradecido á los que le envuelven en las acres recriminaciones que prodigan á los defensores de la nacionalidad española en Cuba. El crédito y los merecimientos del ilustre caudillo están fuera del alcance de la malevolencia con que algunos recriminan día tras día y con una constancia digna de mejor causa, á los que han salvado á Cuba de la anarquía y de la ruina. Sin cuidarse de los gritos que lanzan los que no simpatizan mucho con los leales, el conde de Valmaseda sabrá mantenerse siempre á la altura que ha sabido conquistar, mereciendo el aprecio y el respeto de los buenos, que son el mejor escudo contra los dardos del encono del insurgentismo.

EL SUPUESTO DESEMBARCO DE BOZALES EN CUBA.

Se ha querido hacer ruido con la noticia de un supuesto desembarco de bozales en Cuba, con la inocente intención, sin duda alguna, de excitar la opinión pública contra los hombres leales que en aquella Isla sostienen la buena causa: el anuncio de tal suceso es falso, absolutamente falso, como el de otros hechos que algun periódico ha publicado en pasados días y que después han quedado igualmente desmentidos.

Esperamos con curiosidad la nueva invención con que pronto se querrá causar alarma aquí, que de seguro tendrá igual fundamento que la que da motivo á este suelto.

Con el encargo de darles la publicidad debida, se nos han remitido de la Habana por este último correo, copias de las cartas que se han dirigido á los Sres. Romero Robledo, Cá-

novas y Lopez Ayala, por consecuencia de su actitud en el debate, sobre la oportunidad de plantear hoy reformas políticas en las Antillas. A continuación insertamos una de éstas, satisfaciendo así el deseo de nuestros amigos de la Habana.

«HABANA 30 de Abril de 1870.
Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

Madrid.

Muy señor nuestro: El valioso apoyo que ha prestado Vd. últimamente al Sr. Romero Robledo en defensa de los verdaderos intereses de esta provincia española, y la constante cooperación que presta dignamente á salvar la honra de nuestra patria comprometida por estas tierras, nos mueve á dirigirnos á Vd. dedicándole la misma expresión de gratitud que con esta fecha dirigimos á aquel digno patriota, en carta que dice así:

«Sr. D. F. Romero Robledo.

Muy señor nuestro: El eco de su voz enérgica, severa y elocuente á través de los mares, ha llegado hasta nosotros y no hay corazón español en esta porción de España, que no tenga un voto de gracias que elevar á Vd. por su actitud digna y patriótica en la lucha con los que ciegos ó perversos sólo aspiran á echar un borron en nuestra historia, desmembrando el territorio patrio. Los que suscriben, que componen la Junta directiva del periódico LA INTEGRIDAD NACIONAL que ve la luz en esa, haciéndose eco del general sentimiento, tienen la honra de dirigirse á V. S., exponiéndole cuán satisfactorio nos es á los españoles todos que en Cuba residimos, ver destacarse una figura en el seno de la representación nacional, que tan genuinamente sintetice los sentimientos y aspiraciones é intereses nuestros cual lo es la de Vd., contrarrestando con su patriótico decir y sentir, á otras voces que con bastardo fin y bajo indigno influjo se elevan ahí también en contra nuestra y para mengua suya.

Sírvase Vd. acoger esta espontánea manifestación, porque encierra en sí la aprobación y reconocimiento de sus conciudadanos; que como galardón á su honroso proceder por una patria de tan nobles hijos, no encuentran otro premio más digno á su cívica virtud, que el unánime aplauso que todos le tributan desde este lado del Océano, y rogamos á Vd. que prosiga por la misma senda, para honra suya y gloria de nuestra madre España.

Dígnese Vd. acogerla como dirigida á sí propio, y con ella la consideración de sus muy atentos y seguros servidores Q. B. S. M.—El presidente, Lorenzo Pedro.—Vocal, Leon Lleó.—Secretario, Rafael Padró.—(Es copia.)»

A continuación insertamos la carta que hemos recibido del Sr. General D. Simon de la Torre. Al hacerlo así debemos consignar que por lo mismo que en nuestro artículo titulado «Popularidad legítima» (núm. 18 de LA INTEGRIDAD NACIONAL), en nada se ha lastimado el bien merecido crédito de ese jefe, no consideramos que debemos retractar nuestras apreciaciones.

Que al hacerse cargo del mando y dirección de las fuerzas que operaban en el departamento Oriental de la isla de Cuba el conde de Valmaseda, los merodeadores insurgentes llegasen en sus repentinas correrías hasta la cercanías de la capital de aquel distrito, es cosa que aún hoy se repite, sin que puedan impedirlo la vigilancia ó la actividad, mientras que la insurrección no esté absoluta y terminantemente concluida. Aun después que esto suceda, allí como en la Península, con posterioridad á la guerra civil, durarán por algun tiempo las pequeñas partidas de facciosos, y para que estas sean extirpadas será necesaria una persecución continua.

Reconociendo nosotros en el apreciable y acreditado general la Torre altas dotes militares, valor comprobado, el tino de mando que le distingue, y las demás circunstancias que le adornan, seríamos injustos si no confiáramos en que, leyendo nuevamente nuestro artículo, su recto juicio le llevará á reformar la apreciación que de él ha hecho.

«Sr. Director de LA INTEGRIDAD NACIONAL:

Madrid 11 de Mayo de 1870.

Muy señor mío y de mi mayor consideración: En el número 18 de su apreciable periódico, he leído con sorpresa que, cuando el Excmo. Sr. General Conde de Valmaseda fué á encargarse del mando del Departamento Oriental en la isla de Cuba, en casi todas las jurisdicciones existían numerosas partidas de rebeldes, y que hasta la misma ciudad de Santiago de Cuba se acercaban sus merodeadores; que no disponiendo más que de una corta división en territorio tan vasto, ha conseguido pacificarlo. Como el Sr. General D. Blas Villate me relevó del mando de aquel Departamento, debo consignar que no es exacto que en mi tiempo se acercasen á la ciudad, ni que fuesen numerosas las partidas que había en aquel territorio; pues que siempre dispersos, perseguidos y batidos incesantemente á distancia de ocho, diez y doce leguas de la capital, no daban frente á nuestras pequeñas columnas, escondiéndose en lo más inaccesible de las maniguas, y causándonos aún allí numerosas bajas, sin dejarles parar en ninguna parte. Cuando el Conde de Valmaseda tomó el mando, quedaban muy pocos insurrectos en la jurisdicción de Cuba, y estos, completamente acobardados, porque no se atrevieron los últimos meses de mi mando, ni siquiera á



intentar quemar ningún ingenio ni cafetal, como lo han hecho posteriormente por «docenas», destruyendo la riqueza pública, sin embargo de los 5.000 soldados que de refuerzo se han recibido posteriormente en aquel Departamento.

Es verdad que antes de mi llegada a Santiago de Cuba estaba asediada aquella ciudad por numerosas bandas enemigas y próxima a rendirse; pero también es cierto que desde el día que yo tomé el mando, se salvó aquella, ahuyentando y dispersando al enemigo en todas direcciones, reparando los perjuicios de consideración que habían causado, fomentando el comercio y dejando la población en un estado normal y ventajoso, como dije en mi despedida de aquel Departamento en 18 de Setiembre último.

Ruego a Vd., Sr. Director, tenga la amabilidad de insertar en su apreciable periódico esta declaración, que creo es conveniente para esclarecer los hechos, á lo que le quedará agradecido su atento y S. S. Q. B. S. M.,

SIMON DE LA TORRE.

CORREO DE LAS ANTILLAS.

Las noticias más importantes que ha traído á la Península el correo de las Antillas que salió de la Habana el día 30 de Abril, se circunscriben al teatro de operaciones contra los rebeldes.

En el Camagüey, donde seguía el Capitán general, Caballero de Rodas, se ha seguido con el mayor vigor la persecución de las partidas insurrectas que lo tenían invadido, pues aunque se habían ocupado militarmente los puntos más estratégicos del departamento del centro, los bosques y las montañas seguían brindándoles madrigueras seguras donde ocultarse.

Además, se han puesto en comunicación las columnas militares de Holguin y las Tunas, con las que operan en el extenso territorio de la jurisdicción de Puerto Príncipe.—Entre unos y otros puntos fortificados, el movimiento de columnas volantes es incesante, con el fin de no dar descanso á los restos dispersos de la insurrección, y forzarles á que se presenten, si no quieren ser aniquilados por la fuerza.

De esas partidas que huían en dispersión, algunas se corrian por detrás de la división del conde de Valmaseda, dirigiéndose hacia Bayamo, donde han recibido una lección terrible por las tropas lanzadas en su persecución por dicho general, no teniendo más remedio, en medio de su terror, que ir á guarecerse en los puntos inaccesibles de las sierras de Cuba.—Otros grupos dispersos, corriendo hacia el territorio de Cinco Villas, se han entregado á sus habituales hazañas de vandalismo, quemando fincas y asesinando en los caminos españoles indefensos; pero ya el mismo paisaje se presta á perseguirlos espontáneamente, y su acción combinada está dando los mejores resultados.

El Capitán general ha decidido repartir los terrenos de las zonas militares de los pueblos más azotados por la rebelión, para que sean cultivados gratuitamente, lo cual contribuirá á proporcionar recursos á la clase pobre, que tanto ha sufrido allí.

Muchos de los infelices que por tanto tiempo han estado engañados y tiranizados por jefes rebeldes, cansados al fin de la vida triste y miserable que les hacían llevar, se han presentado en gran número, prestandose á servir de guías á nuestras tropas y á formar partidas sueltas para perseguir á sus antiguos compañeros, de los que tanto daño han recibido.

Las familias presentadas á las autoridades, sobre todo mujeres y niños, son muchas, á las que ya era imposible tolerar por más tiempo la vida nomada y continuamente agitada que les hacían llevar sus parientes insurrectos.

En una palabra, todos los síntomas son de que la insurrección está en la agonía, pues sin jefes ni generales, todos los cuales han huido ya de la

Isla, ó pagado con su vida sus actos vandálicos, difícil es que puedan resistir mucho tiempo la acción combinada de nuestras tropas y de los vecinos honrados que las auxilian.

Si no el terror, pronto el hambre los forzará á rendirse ó sucumbir.—El desaliento ha cundido en la misma Junta de New-York, la que no obteniendo el apoyo de los Estados-Únidos, y careciendo ya de fondos para alentar esa lucha insensata, ha perdido por completo la esperanza de obtener el poder con que tanto tiempo soñaron sus miembros.

Segun noticias que también nos llegan de la Isla, viene confirmado el propósito de esos individuos de trasladarse á Europa para emplear el poco dinero que les queda en tratar de comprar periódicos; aún se hacen la ilusión de que podrán conquistar con la venalidad de algunos escritores lo que no han conseguido en los campos de batalla: ¡como si aquí ni en ninguna parte fuesen á merecer respeto ni atención los diarios ganados por el oro de la traición! Triste idea de nuestra prensa deben tener esos señores, pero muy triste ha de ser el último desengaño que les espera, pues á ellos, y á los que se atreven á patrocinarlos, no les aguarda entre nosotros más que el desprecio y el asco con que las personas honradas miran siempre á los traidores y á los hombres sin conciencia.

Las cartas y los periódicos que hemos recibido por el último vapor-correo llegado últimamente de la Habana, nos permiten comunicar á nuestros lectores las noticias siguientes:

LA NUEVA CAÑONERA.—Los Excmos. Sres. Comandante general del apostadero, D. Ramon Herrera y D. Pedro Sotolongo, han hecho un extenso convite en la capital de la Isla para el acto solemne de echar al agua la cañonera *Malcampo*, que por iniciativa de los dos últimos y á costa de éstos y de otras personas, se ha construido recientemente y ha sido regalada á la nación.

AUDIENCIA PRETORIAL.—Desde 28 de Abril quedó instalada la Audiencia pretorial en el edificio conocido por «la casa de Aldama», embargado por el Gobierno. La traslación de ese tribunal á esa localidad, produce al Erario una economía digna de consideración, dando empleo al indicado edificio que hubiera sido difícil alquilar por sus grandes proporciones. Cuentan las crónicas, que en su loca ambición pretendió Aldama que llegara á ser el Palacio del Presidente de la República cubana. A más nobles fines ha sido destinado por los españoles, ocupándolo ahora el Tribunal superior de Justicia del país.

El genio de la traición ha cedido el puesto á la diosa de la justicia.

ANEXION DE SANTO DOMINGO.—La cuestión de Santo Domingo está ya casi completamente abandonada en los Estados Unidos. Las noticias privadas y la correspondencia pública están de acuerdo en que Baez trataba de engañar á sus gobernados, puestos en venta, y al gobierno de Washington. A las masas dominicanas se las quiso hacer creer que el objeto de la votación, era sólo pedir á los Estados-Únidos su protectorado con objeto de mantener la paz; además fueron encarcelados todos los que eran opuestos al fingido protectorado y los que se atrevieron á manifestar la verdad. Los bancos que han prestado dinero á Baez, los que reclaman título de posesión á la isla de Alta-Vela y otros que tienen en ello especial interés, son los que reaniman la cuestión á fuerza de costosos sacrificios.

SANTI-SPIRITUS 23 DE ABRIL.—El 18 del actual entre esta jurisdicción y la de Moron, tuvieron un encuentro nuestras columnas con un grupo de latro-faciosos que parece se corrieron del Camagüey, siendo el resultado 21 muertos enemigos y 16 prisioneros.—En el mismo lugar y poco después se entregaron 172 personas entre hombres, mujeres y niños, que acompañaban á los merodeadores.—En ese encuentro no ha ocurrido pérdida alguna por nuestra parte.

LA BARBARIE DEL INSURGENTISMO.—El oficial de voluntarios del Correo D. Joaquín Oliva, hecho prisionero por los insurrectos, después de una desesperada resistencia con dos de sus voluntarios, fué horriblemente asesinado, colgándolo de un árbol, tirando sobre él al blanco y quemándolo después.

UNO DE LOS MUCHOS CURANOS LEALES.—El hijo del conde

dro de la sociedad se iba manchando con lúgubres matices.—Parecía que soñaba en los aires la trompeta del juicio para la dominación española en América.—Decían al general Dulce en *La Verdad* que no tenía más remedio que entrar en tratos con Céspedes y familia. Afortunadamente el general Dulce no les hizo caso; pero, si no imitó en eso á O-donoju, para bien suyo y de España, autorizó, para mal muy grande, á tres cubanos, caballeros á su juicio los tres, que conferenciaran con los rebeldes acerca del modo de dar fin á la guerra. Volvieron de su paseo estos comisionados, y muy mal debió recibir el general al primero de ellos que se le presentó, sabedor ya sin duda de lo mal que había desempeñado su cometido, cuando se apresuró á emigrar á Nassau, donde publicó el mismo su traición, contra la cual los otros dos protestaron después enérgicamente. Este y otros desengaños, que sin tréguo recibía el general Dulce, lo hicieron conocer la verdad de la situación y retiró las libertades dadas. Conoció que le engañaban los que creyó amigos. ¡Cuán verdadero es que, como dice el Sr. Navarro y Rodrigo hablando de Méjico, (página 24) «en la guerra, y sobre todo en regiones americanas, no hay recurso por último que sea, que no se emplee, y se pierde el pudor, y hasta todo sentimiento humano.»—Muchas pruebas de esto nos suministra la historia de la actual guerra. ¡A qué contarlas, si espanta á cualquiera su relato!

¡Y á quién culpar de todo esto? ¡Sólo al general Lerundi, como piensan muchos? ¡Sólo al general Dulce? No; todos los que cándidamente, sin tener presente lo sucedido en las demás insurrecciones americanas, sin recordar que siempre la libertad se ha empleado en América contra España, se acogieron á la bandera al-

de Montelo, sobrino de Aldama, fué uno de los diez soldados de caballería que prendieron al escribano (insurrecto) D. Fernando Varela, en medio de una lluvia de balas. ¡Será también negro ese valiente hijo de Cuba, que se bate por la honra de su bandera y por la integridad del territorio español?

El Pabellón Nacional de Cienfuegos refiere una nueva proeza de los libertadores:

«El lunes último, varios movilizados y empleados del ingenio *Conchita*, de D. Juan Andres Iznaga, salieron á recorrer la finca y de repente fueron atacados por una partida de bandidos que se resguardaba detrás de una cerca de piedra, y á cuya descarga cayó muerto de un balazo D. José Olano Ortiz, siendo gravemente herido D. Rafael Nuñez, que falleció al día siguiente. Los bandidos, después de tan heroica hazaña, se internaron en el bosque, dejando un muerto en el campo y un fusil de aguja. Nuñez y Ortiz eran hijos de Cuba, y el cadáver del primero fué conducido ayer á esta villa por una sección de voluntarios de infantería y otra de caballería de Arcinero, para darle sepultura.»

De la *Voz de Cuba*, periódico de la Habana que hemos recibido por el último vapor-correo llegado á Cádiz, y de una carta que le dirigen desde Puerto-Rico, tomamos lo que sigue:

«Puerto-Rico Abril 18 de 1870.

Señor director de *La Voz de Cuba*.

Muy señor mío: Prometi á V. tenerle al corriente de cuanto acontecer pudiera en esta Antilla española, y aunque en los pocos días que en ella llevo, nada ha ocurrido que pueda interesar á los lectores de su periódico, comienzo con ésta la serie de cartas que me propongo enviar á V., convencido como estoy, de que nada de lo que pase aquí será indiferente á los buenos españoles de Cuba, cuyas miradas se dirigen ansiosas á esta Isla hermana, en que se pretende establecer prematuramente una Constitución radical que puede afectar mucho nuestra nacionalidad en América. Si los partidarios de la «salvación de los principios aunque perezcan las colonias» consiguen traer aquí su sistema, antes de oír el Gobierno los votos de los representantes de Cuba, mis correspondencias, por desprovistas que estén de galas literarias, no podrán menos de encerrar algún interés porque serán la narración exacta é imparcial de los efectos de las utopías políticas en el terreno práctico; si la Constitución Puerto-Riqueña se aplaza hasta que se forme la de Cuba, como lo desean todos los que conociendo estos países aman á España, entonces posible es que los laborantes de aquí traten de armar alguna asonada cuyos detalles importen altamente á los patrióticos lectores de su apreciable diario. Que el laborantismo cierne sus ominosas alas sobre esta tierra tranquila y feliz, es un hecho que se manifiesta bajo la forma de supuestas noticias de la grande Antilla, en que aparecen los soldados españoles derrotados y los voluntarios fraternizando unos, y haciendo causa común otros con los latro-faciosos de Céspedes. Lo de Cuba está muy malo ¡no es cierto? suelen preguntarme varios. En efecto, las cosas están malísimas para los insurrectos, les contesto. Pero heya los laborantes que hubiere, puedo asegurar á V. que si la rebelión osase alzar aquí su repugnante cabeza, sería aplastada inmediatamente; no viviría ocho días, porque en la Isla esta no existen bosques, no existen puertos desiertos y extraviados, ni cayos, no hay espacio donde correr; en una palabra, Puerto-Rico no ofrece á la insurrección ninguno de los elementos que la han hecho prolongar su existencia en Cuba. Aquí no habrá, pues, insurrección, y si la hubiere sería prontamente sofocada.

Ya hay dos compañías de Guardia civil, institución que aquí no existía y que tan útiles servicios presta en todas partes, y se está organizando en mayor escala. El general que tiene á su cargo esta Isla, reúne todas las circunstancias de prevision, energía y tacto necesarios para conservar intacto el sagrado depósito que le hizo el Gobierno español.

zada por los reformistas en 1867, mientras secretamente conspiraban para el establecimiento de la república independiente en Cuba y Puerto-Rico; todos los que se entusiasmaron demasiado con la belleza de la democracia peninsular; todos los que ansiaban aspirar al ambiente del liberalismo que en sus alas nos traían las brisas del Océano, sin parar mientes en que se envenenaban aquellas auras en los horizontes americanos; todos son más ó menos culpables. Si, poco más ó menos, y cambiando palabras, hay motivo para repetir aquí lo que de Méjico dice el Sr. Navarro y Rodrigo—«asi todos los españoles, los de aquí y los de allá, tenemos nuestra parte de responsabilidad por la pérdida, primero de Méjico, y después de toda la América.—La tienen las Cortes de Cádiz y Fernando VII, á quienes faltó moderación en sus alternados días de poder y de grandeza. La tienen los militares de la isla de Leon y la Asamblea que se reunió después. La tienen los españoles de la América que se creyeron en disposición de emanciparse de la madre Patria, ó que llevaron el virus y el frenesí de las cuestiones políticas, cuando de esta manera vinieron á ser muy luego víctimas de los criollos.... Dios quiera, (aprendamos, lectores, de memoria estas palabras, para repetirnoslas en todos los instantes, y que no se nos olvide esa tremenda lección de la historia) que en las Antillas, donde hoy arde la rebelión, no ocurra lo mismo que en Méjico, y el gobierno y los partidos, y los españoles de aquí y de allá, sepamos aprovechar las duras enseñanzas de lo pasado!»—Dudo mucho que de los ilusos de allá haya convertido el Sr. Navarro y Rodrigo ni uno sólo: tampoco me creo yo más elocuente, más persuasivo para conquistarlo; pero, si todos los buenos de acá permanecemos unidos en esa idea, se salvará España en Améri-

Copiamos del mismo periódico:

«Cuando hemos visto que un órgano mercenario pues to al servicio de los incendiarios de Cuba se ocupó del doloroso y sangriento drama de Cayo-Hueso describiéndole en sus columnas bajo el punto de vista y las apreciaciones de los asesinos; cuando hemos visto, decimos, que *La Discusion* ha pretendido entibiar con falsedades la noble indignación que en España, lo mismo que en Cuba y que en el mundo civilizado, causó la muerte alevosa del que fué nuestro Director y amigo Gonzalo Castañón, no quisimos emplear nuestro tiempo en refutar aquellas calumnias, porque no eran otra cosa que una repetición de lo dicho en los órganos vergonzantes en el extranjero del bandolerismo de Yara.

Hoy, empero, sin cambiar de resolución, nos ocupamos del asunto, trascribiendo la carta que dirigen desde Oviedo á *La Discusion* los Sres. D. Nicanor y D. Alvaro Arias, hermanos de nuestro amigo D. Eugenio, para rechazar la calumnia del periódico republicano.»

Dice así la carta en cuestión:

«Señor Director de *La Discusion*.—Madrid.

»OVIEDO Y MARZO 14 DE 1870.

«Muy señor nuestro: En el número 439 del periódico «que V. dirige, hemos leído una carta fechada en Cayo-Hueso (Estados Unidos), el día 3 del mes último, narrando inexactamente el vil asesinato del inolvidable D. Gonzalo Castañón (Q. E. P. D.)

«Entre las muchas falsedades que en dicho escrito se «propalan, se dice frescamente que dos de los españoles «que acompañaron á nuestro malogrado amigo, le habían abandonado tan pronto como se apercibieron de «tan cobarde y criminal agresión.

«Hermanos de uno de los acompañantes de Castañón «á Cayo-Hueso, nos creemos en el deber de desmentir «tan injurioso y falso aserto, como falsos é injuriosos «también son cuantos detalles contiene la mencionada «carta.

«Testigos oculares y personas tan imparciales como el «Cónsul inglés de Cayo-Hueso y Norte americanos allí «establecidos, han referido tan inaudito crimen del mismo modo y en idéntica forma que lo publicaron los periódicos de la Habana; y V., señor Director, habrá «tenido ocasión de observar la diferencia que existe entre lo realmente ocurrido y lo que se consigna en el «relato que con asombro nuestro inserta *La Discusion*.

«Por lo demás, conste que ninguno de los amigos que «acompañaron á Castañón huyó cobardemente, y que en «el asesinato hubo toda la alevosía que la prensa de la «Habana ha manifestado, sintiendo, á fuer de paisanos y «amigos del malogrado Castañón, que un periódico español aceja y comenta en la forma que lo hace esa «dacción, los embustes y patrañas de personas que sólo «pueden ser amigas de los asesinos del dignísimo y «pundonoroso Director de *La Voz de Cuba* y enemigos «declarados de la patria de V. y sus atentos y seguros «servidores Q. S. M. B.—Nicanor Arias Valdés.—Alvaro Arias Valdés.»

Reproducimos á continuación el interesante documento que han publicado en Puerto-Príncipe varios naturales de aquella ciudad, refiriéndose á la insurrección que estalló en Yara:

«Compatriotas y amigos: Hace diez y ocho meses que venimos siguiendo con ansiedad, y más con el corazón que con la mente, el movimiento revolucionario de este departamento.—Estraños á toda sección ó bandería política, sin pasión ni odios que satisfacer, ni más interés que el de la paz, y tan lejos de simpatizar con la insurrección como de aplaudir sin reserva la acción del Gobierno, hemos permanecido hasta hoy pacientes y mudos espectadores de la terrible lucha, cuyas escenas de destrucción y de sangre tienen en consternación al país.

Pero la revolución ha marchado, y los sucesos, des- envolviéndose lógicamente, han creado una situación

ca, aunque aquellos la empujen al precipicio, como la hemos salvado hasta ahora.

SEGUNDA PARTE.

I.

«Por qué hemos salvado hasta ahora y cómo salvaremos en adelante á Cuba?

La solución de este problema está cifrada en la contestación á esta otra pregunta: ¿Por qué y cómo se perdió Méjico?

Como he dicho en otro escrito, las naciones suelen ser víctimas de rivalidades y envidias lo mismo que los individuos, y por eso España ha sido calumniada y maltratada por su gobierno en América, lo mismo que lo fué Colon después de un descubrimiento que nadie esperaba. Pero todas las mentiras, toda la inventiva de la facundia de los detractores de nuestra patria, no podrán jamás desfigurar el siguiente hecho: España regia en América inmensísimos territorios, gobernaba un mundo en creciente prosperidad y civilización casi sin fuerza armada para hacerse respetar, con la autoridad moral solamente. ¿Se lee otra cosa igual en la historia del mundo?

Tampoco se puede negar este otro hecho: Las insurrecciones americanas necesitaron para su triunfo aparecer españolas, gritando *viva España* antes que *viva la libertad*. Las insurrecciones que no procedieron con esa hipocresía, no fueron ayudadas por las masas del pueblo, y fácilmente fueron vencidas, á pesar de la distancia que separaba el mundo nuevo del viejo, y que aparecía mayor entonces, porque la navegación era más lenta y no había telégrafos ni caminos de hierro. Los

MEJICO Y CUBA.

Continuación.

VI.

Al general Dulce se recibió entre temores y esperanzas. Si no se le consideraba capaz de faltar á sus altos deberes, la opinión de muchos lo creía simpático á hombres que no inspiraban confianza y á ideas peligrosas, y se temía que hiciera caso de los primeros, con tanta más razón cuanto que estos habían tenido muy buen cuidado de propalar que todo lo esperaban de él. Antes de publicar el decreto de las libertades, ya se abría la caja de Pandora. Los directores de periódicos fueron llamados por el señor Secretario del Gobierno político, y éste les manifestó que estaba preparado ya el decreto, y que, aunque no publicado, podían usar de la libertad de imprenta desde luego, exceptuando de la discusión la religión y la cuestión social. Acabada aquella reunión, bajaban los periodistas la escalera del Palacio y ¡quién lo creyera! descontentos los cubanos. El entendido señor director de *La Prensa* nos ha revelado en las columnas de su periódico que entre él y uno de esos señores se cruzó el siguiente diálogo, poco más ó menos:—«Supongo que estarán Vds. ya contentos con tan amplia libertad.»—«¿Qué sucedió después? Muy recientes están los hechos para que nadie los haya olvidado y tenga ya que pasar por el sonrojo de referirlos. Baste de cir que el decoro, la vergüenza, la prudencia y todas las virtudes sociales huyeron despavoridas á la vista de aquellas desenfundadas bacantes, que se lanzaron á insultar, á amenazar, á asesinar.

El horizonte se iba oscureciendo día por día.—El cua-

azarosa que está anunciando la ruina total del territorio.—El sangriento drama de la insurrección camagueyana, toca ya á su desenlace; y el amor á la patria, y el interés de todos y los vínculos de la amistad y de la sangre, nos imponen el de dirigirla la palabra en esta hora suprema del peligro.

No es ocasión de recordar y acriminar sucesos que la historia juzgará más tarde: al apuntarlos sólo queremos sacar de ellos las razones que puedan servir á daros resolución y determinar vuestra conducta en la presente crisis.

Abstracción haciendo de unos cuantos obcecados y fanáticos, vuestro deseo, al estallar la insurrección, era alcanzar de España algunas franquicias y libertades que hiciesen más productivo el trabajo y diesen más importancia al ciudadano.—El alzamiento de Cádiz, rompiendo con tradiciones seculares, y dando origen á una nueva era política en España, hizo realizable lo que antes era imposible, y brindó á Cuba con más libertades de la que muchos de sus mejores hijos habrían pedido para ella.—La gran mayoría del país se regocijó con el suceso, y parecía no tener más anhelo que el de ver planteadas las reformas; pero los pocos y mal dispuestos prevalecieron sobre los muchos y bien encaminados, como sucede, en tiempo de revueltas, siempre que estos vacilan en sus determinaciones faltos de unión y de entereza.

La presunción y la malicia soplaron palabras de engaño á los oídos de la inocencia; la credulidad y el ansia de mejorar, cambiando de situación, hicieron lo demás.

Os dijeron que España era impotente para mantener aquí su dominación; que los Estados-Unidos, protectores naturales de todos los pueblos oprimidos, y particularmente interesados por el nuestro, os prestarían su ayuda; que para ser libres, sólo necesitabais quererlo ser, porque las simpatías del mundo liberal estarían de vuestra parte, y caisteis en la tentación, y desoyendo el consejo de más de uno de nosotros, os lanzasteis á la lucha y os perdisteis, comprometiendo la suerte del país.

La España impotente ha enviado á Cuba 40.000 soldados; podrá enviar cuantos más se necesiten, y hoy tiene en ella con las armas en la mano, más de 80.000 hombres, que garantizan la integridad territorial de la nación.—La ayuda americana se ha reducido á meras complacencias, con miras mal disimuladas de probar fortuna á costa ajena: allí se han consumido centenares de miles de pesos sustraídos á nuestra industria, y con su desaparición van desapareciendo también las simpatías y hasta los jefes americanos comprados con el oro.—Y la Cuba del patriota, el nuevo orden político y social que debió salir al primer golpe de espada del primer soldado de la libertad, se ha convertido en un caos, cuya luz sólo podrá hacerla ya el triunfo de la nacionalidad y del derecho.

Seducidos con la visión deslumbradora de la libertad en perspectiva, os lanzasteis en pos de ella sin reflexión.—Dijisteis que queríais ser libres, y empezasteis por llamar en vuestro auxilio al extranjero, que es adorar la dignidad y comprometer la independencia. Hicisteis profesión de fe republicana, y sin quererlo habeis establecido el despotismo más absoluto.

Proclamasteis la inviolabilidad de todos los derechos y las circunstancias os han obligado á no respetar ninguno. Invocasteis el progreso material y moral en todas sus formas, y por un trastorno inconcebible en los sentimientos y en las ideas, habeis quemado los pueblos, devastado los campos, hecho cesar los trabajos, menospreciado el culto, relajado la obediencia y atacado la familia. En una palabra, os levantasteis en armas contra el Gobierno para hacer la felicidad del país, y sin presumirlo tal vez, habeis hecho su desgracia, porque sólo contra él es contra quien habeis combatido.

Grande, muy grande es el mal que se ha hecho, pero aún es mayor el que ahora amenaza, porque no todo se ha perdido todavía, y porque, creciendo la animosidad con la lucha y los desastres, se multiplican y se activan los medios de destrucción.

Y cuenta que en nuestra boca no puede ser ésta una amenaza.—El Gobierno se dispone á dar el golpe de gracia á la insurrección en este Departamento, despues de haberla abatido y aniquilado en el Oriental y en Cinco Villas.—Una persecución activa y vigorosa hace ya imposible vuestro reposo: 14.000 soldados españoles, ansiosos de terminar la facción, os seguirán hasta los montes, asolando el llano para quitaros los recursos; un círculo de hierro que se irá estrechando cada día, os privará de todo auxilio exterior y de toda esperanza de salvación, fuera de una retirada horrorosa, y ya más

misimos indígenas ayudaban poderosamente al Gobierno á vencer á los insurrectos, sus paisanos. Iturbide en Méjico fué uno de los que más contribuyeron á vencer la insurrección de Hidalgo. Hubiera sido, pues, muy torpe si al insurreccionarse á su vez algo más tarde no hubiera variado de plan. «Si Iturbide, dice el Sr. Navarro y Rodrigo, (página 90) hubiera vejado, perseguido, maltratado á los españoles, como lo hicieron los antiguos insurrectos, no habría terminado tan rápida y tan felizmente su campaña.»—Iturbide tenía más talento que sus antecesores y emprendió otro camino, que le condujo al triunfo, así como el haberlo abandonado le llevó á su desgracia y á su patria á la ruina.

«Tres son las ideas, dice la historia que me va guiando en este trabajo, capitales del plan llamado de Igualdad: el sostenimiento de la religión católica con todas las preeminencias anexas al culto más privilegiado; la independencia de Méjico, y el llamamiento de Fernando VII ó de alguno de sus hermanos para ocupar el trono de la nueva nación.—Hay que convenir en que para agrupar elementos, suprimir resistencias y promover un éxito seguro en su atrevida empresa, Iturbide procedió con previsión consumada.»—En efecto, Méjico era pueblo muy católico, y además de respetar como la primera base el sentimiento religioso, atraía á su bandera al clero, que estaba asaz descontento con las medidas del gobierno liberal de la Península, halagaba á sus paisanos con la 2.ª y contentaba á los españoles con la 3.ª. Sobre bases tan fuertes, podía, pues, dar el grito de insurrección y lo dió con fácil y brillante éxito.—Pero le sucedió lo que á todos los revolucionarios, y es que son arrastrados por las corrientes á que ellos mismos levantan las compuertas. Por más poderosa que sea su

que justificada por las circunstancias. Ceded, pues, y decid, imitando al gran monarca que despachó las *Inevitables*: «No hemos salido á realizar imposibles.»

Dos cosas hacen al hombre moralmente grande: la constancia en los buenos propósitos, y el reconocimiento y la retracción de sus errores.—No perdáis la ocasión: haceos admirar de todos los hombres sensatos, deponiendo las armas que nunca debisteis haber empuñado.

Aún quedan propiedades, aún hay familias, aún hay patria que salvar.—Renunciad al irracional propósito de sellar un error con otro error, y de abonaros ambos con la ruina del país.—Retiraos á vuestros hogares para que renazcan en ellos la alegría, para que volvamos á ver el verde en los campos, la paz en la ciudad, y la abundancia en todas partes.

Vuestros hermanos arruinados por la guerra, os llaman sin enojos á participar de su pobreza; y el Gobierno, á quien habeis combatido y ultrajado, os tiende una mano generosa y os brinda con el olvido de lo pasado en aras del porvenir, que será nuestro.

Dios no ha querido que en Cuba haya miseria sin la guerra.—Venid á hacer la paz y á concurrir con el Gobierno á la reconstrucción de la patria común. A la sombra de la autoridad y de la ley se calmarán las pasiones, renacerá la confianza y volverán los gozos de la vida con los dones de la libertad y el orden.

La presencia del general Caballero de Rodas en Puerto-Príncipe, es una circunstancia feliz, que debeis aprovechar.—El os ha garantizado la vida, si deponéis las armas; y nosotros os respondemos de que no habrá gracia que no quepa en la nobleza de su carácter y en la elevación de sus ideas políticas.

Puerto-Príncipe 10 de Abril de 1870.—Cárlos Varona y de la Torre.—Melchor Batista y Caballero.—Pedro de Agüero.—Martín Castillo.—Francisco de Quesada Guerra.

Autorizada con un número considerable de firmas, se remite al Sr. D. Francisco Romero y Robledo, diputado á Cortes, la carta que á continuación reproducimos:

«Sr. D. Francisco Romero y Robledo.

Madrid.

Muy señor nuestro: El discurso pronunciado por usted en apoyo de su voto particular, contra la discusión del proyecto de ley sobre la Constitución de Puerto-Rico, su ánimo esforzado, su valentía, su levantado patriotismo y la solidez de sus argumentos en pró del aplazamiento de aquella discusión, interin en Cuba no termine la sangrienta lucha que estamos sosteniendo, nos ha entusiasmado hasta tal punto, que no hemos podido resistir á la tentación de dirigirla estas mal trazadas líneas, como una débil muestra del profundo eco que su voz ha tenido entre nosotros, así como del tierno afecto y sincero agradecimiento que hacia V. sienten desde hoy cuantos leales españoles residen en esta Antilla.

Tiene V. razón: Lo primero es tener patria; despues podrá hablarse de reformas.

Si hay españoles que no reparan en posponer la honra y los intereses de la patria á las exigencias de su opinión política; si hay españoles que, vendidos por un puñado de oro ó alucinados por una falsa doctrina, han aconsejado al Gobierno la venta ó cesión de esta Isla; en cambio, como compensación al despocho, á la indignación, ó más bien, al desconsuelo que esta ha debido causarnos, se presentan otros como V., Vazquez Quipo, Puig y Llagostera y cien más, que en la tribuna y en la prensa, y por todos los medios posibles saben demostrar al mundo que aún no se ha extinguido ni se extinguirá en España la raza de hombres que para la patria y por la patria están siempre dispuestos á hacer toda clase de sacrificios.

Esta lejana provincia agradece á V. los heroicos esfuerzos que ha hecho en las Cortes Constituyentes por detener el rudo golpe que amenazaba conmoviera profundamente en su actual peligrosa situación, y, en su nombre, los firmantes le felicitan sinceramente, ofreciéndoles de V. afectísimos atentos S. Q. B. S. M. Habana 25 de Abril de 1870.—(Siguen las firmas.)»

NOTICIAS DEL CONTINENTE AMERICANO.

MÉJICO.

El hijo del general Santa Anna ha sido llevado

energía, la lógica de los acontecimientos es más fuerte, é Iturbide murió al filo de la misma espada de que se valió para matar la dominación española. Terrible lección que por desgracia se olvida!

El enemigo mayor de Iturbide no fué el descontento que, con algunas frases de una de sus alocuciones y algunas medidas desacertadas, produjo en el elemento español, aunque mucho influyó, porque enconó la rivalidad y celos latentes, desde entonces descubiertos, de peninsulares é indígenas, gachupines y mejicanos. La raíz del mal es otra; el origen de aquella catástrofe es menester buscarle en otra parte: estaba prevista. El liberalismo que se importó en América contra el espíritu liberal de las leyes de Indias, es hijo legítimo de la revolución francesa y uno de los derechos, y el primero que proclamaba, era el derecho de insurrección, el derecho de emancipación. Este liberalismo no tenía otros límites que los del criterio individual y el individualismo así exaltado no conduce más que á la anarquía. Iturbide hizo uso de hecho de esa doctrina y con qué de recho podía oponerse, partiendo de principio tan absoluto al criterio de otro? ¿Qué más derecho tenía él que otro para insurreccionarse? Hay mas; si, despues de haber triunfado con la fuerza, hubiera constituido un gobierno fuerte, todavía hubiera habido salvación para la causa española, para él y para el mismo Méjico; pero, abiertas las puertas á todos los derechos, puesta la escalera para todas las ambiciones, ¿cómo era posible que no sucediese lo que sucedió y no podía menos de suceder dentro del círculo de tan disolutos doctrinarios?—Así, pues, dice el señor Navarro y Rodrigo, monarquía, unión de mejicanos y españoles, integridad de la fé, esplendor del culto, todas, todas las garantías del plan de Igualdad des-

á Puebla para ser juzgado junto con otros. Corona ha probado ser fiel al Gobierno.

El Congreso se ocupa aún del canal de Tehuantepec. En el mismo se ha preguntado si la compañía del ferro-carril del mismo ha cumplido su contrato. El Congreso se ocupa de cuestiones financieras sin cuidarse de los proyectos de ferro-carriles.

El ingeniero del ferro-carril de Méjico á Veracruz va á hacer un viaje á Inglaterra por cuenta de la empresa, cuyos intereses mejoran mucho.

El 27 hubo un temblor en Hidalgo.

Se esperaba en la capital al general Mariscal, ministro en Washington.

La prensa pregunta continuamente por el sumario del general Canto, el cual está paralizado.

Un destacamento de tropas que convoyaba, 6.000 de San Luis Potosí, á las órdenes de Rocha, se pronunció en el camino y huyó con el dinero.

Juarez envió un comisionado á Tepic para hacer que el general Losada entregue 600.000 pesos del Gobierno, de que se apoderó.

Los jefes rebeldes Dominguez y Franco fueron ajusticiados en Pachuca.

El Estado de Jalapa abolí el enjuiciamiento por medio de jurado.

La comisión informó en contra del proyecto de Romero, relativo á la contribución de las mismas.

Se ha abolido el derecho de veinte pesos que se cobraban por los documentos de naturalización.

Las noticias de Méjico recibidas hoy con el correo del Norte de América alcanzan hasta el 27 de Abril: véanse las más notables:

«Hoy ha llegado de Veracruz el *Cyte of Mexico*, con fechas de la capital hasta el 18 del corriente.

Se dice que Huerta ha pedido permiso para salir del país ofreciendo no volver bajo pena de la vida. Se dice también que Aguirre ha huido, cruzando el Río Grande.

Cadena, Martínez y Toledo están aún en el campo con pequeñas partidas.

El pronunciado americano Eching, fué muerto con otros muchos por equivocación en un encuentro con otros pronunciados.»

(Opinion Nacional, 17 Mayo).

Habana, 2.—Por despachos oficiales se han recibido los siguientes pormenores acerca de la situación del interior.

Los insurgentes en Camagüey continúan presentándose en gran número en solicitud de perdón.

Se confirma la dimisión de Agramonte.

Los rebeldes han abolido el rango de general en jefe y han nombrado á Cabada jefe de operaciones, y á Bembeta comandante general de las Cinco Villas.

Acaban de llegar á Puerto Príncipe quince soldados que cayeron prisioneros en Junio. Quesada quiso fusilarlos, pero los salvó Bembeta, con quien sirvieron hasta que fueron puestos en libertad.

Céspedes anda vagando á lo largo de la costa, no durmiendo dos veces en el mismo lugar.

Han sido capturados y fusilados en Puerto Príncipe el prefecto Betancourt, alias Barbazo, y el sub-prefecto Rafeti.

La cañonera *Soldado* capturó recientemente un pequeño bote en el cayo La Guajata, y en él se encontraron un pasaporte y un nombramiento de embajador para Méjico, firmados por Céspedes, en favor de Goicuria. El cayo está rodeado por otras cañoneras y se va á principiar un registro. Si el general está allí, no puede escapar.

Los voluntarios de Alvarez y Sancti-Espíritus mataron muchos insurgentes en sus respectivas localidades.

El Capitan general ha publicado una orden mandando que las familias que residen en los distritos donde hay insurrectos, se retiren á la población más cercana dentro de 30 dias. Los que dejasen de hacerlo, serán tratados como rebeldes en el caso de ser capturados.

Esta orden causa mucha excitación y se considera un golpe mortal para la insurrección.

Leemos en *La Independencia Belga*:

«Veinte agentes de policía acudieron el sábado último á la estación férrea cuando llegaba el tren

aparecieron bien pronto como sueños de una noche de verano, dejando en cambio la realidad de la república.»

—He aquí por qué y cómo se perdió Méjico para España. ¿Qué se vé respecto de Cuba en ese espejo?

II.

Tal y tan inflexible es el orden de los sucesos, que los de Méjico se hubieran visto reproducidos en Cuba despues de octubre de 1868, si Céspedes hubiera seguido el camino de Iturbide.—La bandera de las reformas había logrado, como he dicho ántes, agrupar en su torno á muchos peninsulares é insulares leales; las sociedades secretas y los liberalísimos periódicos del partido, hoy militante en el teatro de la guerra, *El Siglo*, *El País*, *El Occidente*, habían extendido sus doctrinas en vastísimos círculos: la educación de la juventud, puesta imprudentemente en sus manos, la tenía preparada para la revolución, y los ánimos de la generalidad estaban, pues, dispuestos para aceptar para Cuba los principios del alzamiento de Cádiz, si con ellos se hubieran contentado los conspiradores, ó, como Iturbide, hubieran aparentado que sus deseos estaban satisfechos con esas innovaciones, sin segregarse del tronco del árbol de España. Si Céspedes, tan hipócrita como Iturbide, hubiera rendido las armas al proclamar el General Dulce las libertades, y aspirando solo á la asimilación con la Península hubieran avenido al nombramiento de diputados para las Cortes Constituyentes, logrado hubieran también tener armas, que no tenían todos los conspiradores, como milicianos nacionales, é introducida en el país la política, y política expansiva, con todos sus matices, con toda su pasión, la discordia de

de Bermingham. Un *detective* se hallaba ya en la estación de Wesbourne Park, con objeto de impedir que bajara ningún viajero en el camino. Según parece, un telegrama de París había anunciado que debían llegar fenianos, y muchas personas fueron detenidas al apearse de los coches y llevadas inmediatamente á la inspección. Los agentes registraron sus equipajes y se apoderaron de unos cincuenta revolvers. Un caballero, que según se suponía esperaba á los viajeros sospechosos, fué también detenido y registrado. Llevaba encima unas doscientas libras en billetes de banco. Ninguno de los presos ha sido hasta ahora puesto en libertad.»

M. Elliot, embajador inglés, ha desembarcado en Grecia con instrucciones, según se dice, muy perentorias de su gobierno para exigir no solamente la completa reparación de los asesinatos de Oropos, sino la inmediata adopción de cuantas medidas sean conducentes á estirpar el azote del bandolerismo. En esto se hallará en completo acuerdo con el rey Jorge y con todos los hombres pensadores de las regiones oficiales de Atenas. Se asegura que los buques de guerra ingleses detenidos en Malta se dirigen hácia el Pireo, donde van á apoyar la misión especial confiada á este diplomático; pero el hecho no se ha confirmado aún. El gobierno de Italia tratará de acuerdo con el Gabinete británico, por la parte de iniciativa que le toca en la demanda de reparación.

Las noticias que llegan del vecino reino son gravísimas. Parece que el mariscal duque de Saldanha, al frente de algunas fuerzas, se ha levantado en armas contra el gobierno del rey Luis, encerrándose en una fortaleza. La bandera del ex-embajador de Portugal en Roma, dadas sus opiniones y sus compromisos, no puede ser otra más que la unión ibérica; pero nos tememos mucho que el espíritu público no le sea esta vez tan propicio como en pasadas épocas. Debemos llamar la atención sobre el hecho de haberse presentado hace pocos dias en las aguas de Vigo una escuadra inglesa, y recordaremos que se notó idéntica aparición en las de Lisboa, cuando se ignoraba en Londres que D. Fernando de Coburgo no quería aceptar la corona que los españoles le ofrecíamos.

MADRID: 1870.

Imp. de LA INTEGRIDAD NACIONAL, Dos Hermanas, 17.

ANUNCIO.

BOMBA QUÍMICA.

LA INVENCION MAS IMPORTANTE

DE ESTE SIGLO

PARA EXTINGUIR INCENDIOS.

Patente de Agosto 29 de 1869.

Depósitos.—Baños Viejos, 17, Barcelona.

las opiniones hubiera roto esta unión que nos ha salvado, y, pronto hecha girones en manos de la demagogia la bandera española, hubiera tomado creces la rivalidad de peninsulares é insulares; mas tarde hubiera levantado su cabeza la cuestión de razas, y la catástrofe, comenzada como en Méjico, como en todas las posesiones sul-continetales, hubiera sido más grave, hubiera sido resuelto como en Santo Domingo. Algunos de los prohombres de aquella revolución que contra España se venía misteriosa é hipócritamente elaborando hacia años, han conocido el inmenso daño que han reportado de haber gritado tan pronto «abajo caretas», y no parece incierta la frase que á uno de ellos, que se pasea y labora en Madrid, se le atribuye: «Céspedes nos ha perdido.»

Y tiene razón. La rabiosa pasión en que la prensa se inspiraba proclamando el derecho de insurrección, los insultos, las diatribas, el vilipendio, la burla, el desprecio, el asesinato, que se emplearon como armas, y por fin las escenas escandalosas de Villanueva, sublevaron el sentimiento de la dignidad nacional; la agresión absoluta á España provocó la defensa solidaria del amor patrio, herido en las fibras más delicadas, y surgió la unidad entusiasta, vigorosa, que ha sido nuestra buena suerte, la causa de que los acontecimientos que comenzaban, como en Méjico, torciesen su curso tomando otra dirección, dirección nacional contra la tendencia política. En este cuadro se vé por qué y cómo hemos salvado á Cuba para España. Aún lo pondré más palpable, explicando cómo y por qué se perdió Méjico para sí misma, para venir á ver cómo Cuba independiente se hubiera perdido de igual modo.»

(Continuad.)